LAS ARPAS MUDAS.

La virgen poesía,
huyendo de los hombres,
se pierde en las profundas
tinieblas de la noche.
Las arpas enmudecen,
y el eco no responde
sino á los broncos gritos
de cien revoluciones.

¡Ay, cuando la tormenta
cierne sus negras alas,
la tímida avecilla
se oculta y tiembla y calla!
¿Qué valen sus gorjeos

ante la voz airada
del trueno que retumba
en valles y en montañas!

¡Qué cambio y qué contraste!
Ayer llenaba el mundo
la inspiración sublime
de Schiller, Byron y Hugo.
Hoy sobre nuestras almas,
que envileció el tumulto,
parece que gravita
la losa de un sepulcro.

Miraban nuestros padres
el despertar de un siglo:
nosotros á sus hondas
angustias asistimos.
En su entusiasmo ardiente
su cántico era un himno.
El nuestro, ¡oh desventura!
el nuestro es un gemido.

Cuando después de aquella
sangrienta sacudida,
que derribó en el polvo

la sociedad antigua,
con su potente mano
la santa poesía
logró sacar ileso
á Dios de entre las ruinas;

cuando en estéril roca,
entre el rumor confuso
del mar, agonizaba
en su aislamiento augusto
el águila altanera,
tan grande en su infortunio,
que de sus corvas garras
tuvo suspenso el mundo;

entonces, como el germen
oculto que despierta,
y rompe vigoroso
la cárcel que lo encierra,
sobre las viejas ruinas
brotaron por doquiera
la religión, la gloria,
la libertad, la ciencia.

¡Siempre el dolor fecunda!
La tierra, nuestra madre,
sufre el agudo arado
que sus entrañas abre;
el mar tiene sus roncas
y oscuras tempestades,
su duda el pensamiento,
la religión sus mártires.

Todo lo grande surge
de este combate eterno,
como la luz del choque
del pedernal y el hierro.
¡Felices nuestros padres,
que entonces recogieron
la mies, antes regada
con llanto, sangre y cieno!

¿Es raro que el poeta
alzase himnos de gloria
al Dios que renacía
de entre sus aras rotas?
¿Es raro que cantase
la alborozada Europa
al nuevo sol, naciendo

de la impalpable sombra?

Pero hoy, ¿qué alegre canto
entonarán las musas?
La llama del incendio
nuestro camino alumbra.
La libertad seguida
de alborotadas turbas
arrastra por el fango
sus blancas vestiduras.

El entusiasmo espira
en lecho de dolores:
atónita y turbada
la fe su venda rompe,
y caen de sus altares,
bajo insensatos golpes,
la patria, la familia,
los reyes y los dioses.

¡Todo se anubla, todo
choca, todo está herido!
Pide estragado el arte
su inspiración al vicio,
y entre el alegre estruendo

de infames regocijos,
la sociedad oscila
sobre el oscuro abismo.

¡Poetas! Hasta tanto
que la borrasca pase,
colguemos nuestras arpas
de los llorosos sauces.
Tal vez cuando la tierra
nuestros despojos guarde,
el viento las sacuda
y vibren, giman, canten.

Tal vez cuando del tiempo
se amanse la corriente,
nuestros felices hijos
piadosos las descuelguen.
¡Quién sabe! Aunque las densas
tinieblas nos envuelven,
no eres eterna ¡oh noche!
¡dolor, no duras siempre!

Junio de 1873.

PROBLEMA

Ciego, ¿es la tierra el centro de las almas?

QUIERO, dejando hipótesis á un lado,
una duda exponer, y es la siguiente:
—¿Por qué cruza la tierra el inocente,
de espinas ó de sombras coronado?
¿Por qué feliz y próspero, el malvado
alza orgulloso la atrevida frente?
¿por qué Dios, que es el bien, mira y consiente
el eterno dominio del pecado?
¿Por qué, desde Caín, la humana raza,
sometida al dolor, con sangre traza
la historia de sus luchas giganteas?
Y si es ficción la gloria prometida,
si aquí empieza y acaba nuestra vida,
¿por qué, implacable Dios, por qué nos creas?

1873.

VELUT UMBRA.

Oh incesante desvarío
del hombre! ¡Oh mentida gloria,
tan fugaz y transitoria
como las ondas de un río!
El tiempo impasible y frío
va empujando tu memoria,
que brilla un punto en la Historia
y se pierde en el vacío.
¡Cuánto César ya olvidado!
¡Cuánta vieja desventura,
que ni áun recuerda la gente,
habrá visto, habrá alumbrado
ese sol, desde la altura
en que gira indiferente!

Á medida que hacia el puerto
va marchando del olvido,
aparece cuando ha sido
de espesas brumas cubierto.
Ese polvo, árido y yerto,
ha pensado y ha sentido:
es el despojo perdido
de la humanidad que ha muerto.
De esos átomos sin nombre,
¿quién el misterio adivina?
¿quién á descifrarlo alcanza?
Tan oscuro es para el hombre
lo pasado que declina,
cual lo porvenir que avanza.

¿Dónde está la oculta fuente
del hondo raudal humano?
¿Á qué incógnito Oceano
va á parar esa corriente?
Principio y fin, velozmente
se buscan y dan la mano;
y en el germen bulle el grano,
y en el grano la simiente.
La flor, que arrebata el viento,
préstale al campo marchito

nuevo jugo y nueva vida;
mas ¿quién en el movimiento
del génesis infinito,
recuerda la flor caída?

¡Vanidad de vanidades!
En nuestras horas inciertas,
sobre las ciudades muertas
álzanse nuevas ciudades.
En ignotas soledades,
en regiones, hoy desiertas,
yacen de polvo cubiertas
las glorias de otras edades.
Cae en mortal cautiverio
cuanto el alma, inquieta y muda
busca y ama, anhela y nombra.
Nuestra vida en el misterio,
nuestro destino en la duda,
nuestro término en la sombra.

Mayo 23 de 1873.

PRÓLOGO

LEIDO

POR DON MANUEL CATALINA,

EN LA INAUGURACIÓN DEL TEATRO DE APOLO.

SENADO ilustre, público discreto,
que siempre diste cariñoso abrigo
á la musa de Lope y de Moreto;

concurso generoso, fiel amigo
del arte, que á tu impulso se levanta
ó se despeña en el error contigo;

por quien el vate en su entusiasmo canta,
el músico sorprende la armonía
y á los siglos el genio se adelanta;

es tan intensa y honda mi alegría,
tan viva la emoción que me enagena,
que aunque quisiera ahogarla, no podría.

¿Cómo, si el alma de esperanzas llena,
ve renacer con nuevos resplandores
la amortiguada gloria de la escena?

¡Público insigne, artistas, escritores,
rendid tributo al ánimo atrevido,
digno de vuestros plácemes y honores!

Cuando asorda los aires el rugido
de enconada pasión, que en su despecho
nos emponzoña el corazón herido;

cuando combaten bajo el mismo techo
hermano contra hermano, y todo rueda
como un turbión á nuestros pies deshecho;

cuando no hay odio que sucumba ó ceda,
y en tanta confusión, el patrio idioma
es el único lazo que nos queda;

merece aplauso quien á empeño toma
alzar un templo al arte castellano,
donde todo vacila y se desploma.

Que mientras pueda el genio soberano
tender el vuelo, condenar la saña
que separa al hermano del hermano,

hacer que vibre hasta en región extraña
la lengua de Quevedo y de Cervantes,
tú serás inmortal ¡oh madre España!

¡No morirás! Como lucharon antes,
tus hijos lucharán con el destino
cuanto más desgraciados, más constantes.

Que si no encuentra su ambición camino
por do llevar á términos ajenos
tu cetro de oro y tu blasón divino,

para abrazarse le hallarán al menos,
y en santa paz trascurrirán tus días
más prósperos, más grandes, más serenos.

Pero ¿dónde al sentir las agonías
de la patria infeliz que sufre y llora,
me arrastran ¡ay! las esperanzas mías?

¿Á dónde vuela mi ilusión? Ya es hora
de penetrar en la región que el arte
con sus rayos purísimos colora.

Ya es tiempo y ocasión de presentarte
á los que habrán de compartir conmigo
el difícil trabajo de agradarte.

Tú, de sus triunfos imparcial testigo,
suplir, acaso con ventaja, puedes
lo que, atendiendo á su humildad, no digo.

Muchos han alcanzado las mercedes,
los vítores y lauros que en la escena
con larga mano al mérito concedes.

¡Ah! ¡Cuántas veces su fecunda vena,
hizo á tus labios asomar la risa
que los vicios ridículos enfrena!

¡Cuántas tu corazón latió de prisa,
movido por la voz del sentimiento,
blanda ó severa, enérgica ó sumisa;

voz que en la vaga ondulación del viento,
suena á un tiempo patética y sublime
como canto de amor, himno y lamento!

¿Quién de su influjo halagador se exime?
¿Quién resiste el poder del alma ardiente
que en todo el sello de su genio imprime?

No me atrevo á nombrarla: está presente (1).
Tú la conoces bien, que has abrumado
con cien coronas su inspirada frente.

Nosotros seguiremos á su lado
por la penosa y áspera carrera
que huellas inmortales han trazado.

(1) La eminente actriz Doña Matilde Díez, gloria de la escena española.

Joven alguno, por la vez primera
trémulo y lleno de ansiedad confusa,
la hora solemne de tu fallo espera.

Dale aliento y valor: sé tú su musa,
y cuando salga inquieto y conmovido
válgale al menos su temor de excusa.

Con el respeto á nuestro juez debido,
yo, el último de todos, te saludo,
y en nombre suyo tu indulgencia pido.

Ardua es la empresa, nuestro esfuerzo, rudo,
grande la voluntad, vivo el deseo,
y amparándonos tú, fuerte el escudo.

Sonarán en el amplio coliseo
de Calderón y Lope la armonía,
honda intención y fácil discreteo,

en nuestra larga y mísera agonía,
ya el último florón, áun no marchito,
que nos envidia el mundo todavía.

Como el vuelo del alma es infinito,
y mientras hallen en la mente humana
luz la esperanza, sombras el delito,

tiernos anhelos el amor, cristiana
resignación los débiles que gimen,
fieros empeños la ambición tirana,

llanto el dolor, remordimiento el crimen,
premio la fe, castigo la mentira
y borrascosas noches los que oprimen;

el vate audaz, si en la pasión se inspira,
podrá pulsar con vigorosa mano
el corazón del hombre, que es su lira:

como aún florecen en el suelo hispano
claros ingenios que la intensa llama
alimentan del numen castellano,

en esta escena, con la varia trama
de sus afanes y vigilias fruto,
buscarán los laureles de la fama.

Si á veces el error, común tributo
de la humana flaqueza, los pervierte
y cubre su razón de sombra y luto,

antes de ser inexorable, advierte
que en esta recia y desigual pelea,
eres el más dichoso y el más fuerte.

Nunca, nunca el espíritu que crea
se lanzará con incansable brío
por los radiantes mundos de la idea,

si á todo noble sentimiento frío,
sólo el gastado público le ofrece
glacial indiferencia y seco hastío.

Cuando la Poesía desfallece
y cual ébria bacante desceñida
se revuelca en el fango, y se envilece;

cuando la muchedumbre descreída,
en torpes espectáculos apura
los más brutales goces de la vida,

y únicamente excitan su locura,
despiertan sólo su vigor dormido
la sátira procaz, la danza impura;

entonces, como el aire corrompido
que, invadiendo el espacio, se dilata
lento, invisible, acaso no sentido,

la cólera del cielo se desata,
avanza sin cesar muda y sombría,
y como el rayo y la epidemia mata.

Entonces Dios sobre la raza impía
que marcha presurosa hacia el abismo,
sus horrendas catástrofes envía;

la podredumbre engendra el egoismo,
y ya no tiene el pueblo degradado
fuerza y valor para salvarse él mismo.

Y camina á su fin precipitado,
y su terrible expiación comienza,
y se pierde en la noche del pecado...

¡Ah! ¡que ignominia tanta no nos venza,
hijos de España, y si la angustia crece
lloremos de aflicción, no de vergüenza!

Porque el ánimo honrado resplandece
con la adversa fortuna, y en el mundo
sólo humilla el dolor que se merece.

De toda corrupción, de todo inmundo
germen, de todo estancamiento insano,
brota el mal potentísimo y fecundo:

la asoladora fiebre, del pantano,
la peste, de los campos de batalla,
y de los pueblos muertos, el tirano.

Tú puedes ser inquebrantable valla,
Senado ilustre, á la inmoral corriente
que fácil paso entre nosotros halla.

Tú puedes evitar que se acreciente
la gangrena social, esa gangrena
fría, senil, que mata y no se siente.

Y si consigues que la patria escena
de entre sus juegos lícitos descarte
la burla impía y la invención obscena;

si por tu esfuerzo en ráfagas se parte
esta niebla densísima que empaña
la religión, la libertad y el arte,
tú serás salvo, y salvarás á España.

Noviembre de 1873.

¡POBRE LOCA!

I.

TODAS las tardes, cuando el sol declina
en brazos del misterio,
una mujer llorosa se encamina
al santo cementerio.

Con tosco y miserable desaliño,
tocas de luto viste,
y lleva de la mano á un pobre niño
descalzo, enfermo y triste.

El paso torpe y trémulo apresura
marchando silenciosa

hacia la solitaria sepultura
en que su amor reposa.

¡Ay! su semblante tétrico y sombrío,
su atónita mirada
reflejan el dolor y el desvarío
de un alma destrozada.

Al pie del nicho desarruga el ceño,
detiene su carrera,
llama en la losa con tenaz empeño,
y espera, espera, espera...

El niño tiembla. La impaciente loca
que á un tiempo reza y gime,
que el dulce nombre del esposo invoca
con ansiedad sublime,

golpea el mármol sepulcral, y el eco
sordamente retumba
con lúgubre gemido, desde el hueco
de la cerrada tumba.

Y la infeliz mujer, en son de queja
grita: ¿dónde estás, dónde?

Rompe en sollozos, y por fin se aleja
diciendo al niño:—¿ves? No me responde—

II.

¡Ah, no le llores más! ¿Por qué el ingrato,
por qué, si te quería,
abandonó tu cariñoso trato,
tu blanda compañía,

la santa paz de la familia, el culto
de sus tranquilos lares,
para excitar en medio del tumulto
las iras populares?

Siempre deja en su bárbaro extravío
la inquieta muchedumbre,
más de un amante corazón vacío,
más de un hogar sin lumbre.

¿Por qué no recordó cuando inhumano
á su rencor cediendo,
corrió á verter la sangre de su hermano
en el combate horrendo,

que cuantos en la lucha sucumbían,
ante el peligro fijos
por la voz del deber, como él tendrían
madres, esposas, hijos?

¿Por qué no recordó que un pueblo libre,
ni límite ni coto
pondrá á sus desventuras, mientras vibre
el arma en vez del voto?

. . . . . .

¡Ah, no le llores más! No lo merece.
No sufras ni batalles.
El que mancha con sangre, el que envilece
por plazas y por calles

la augusta libertad, el que furioso

apela al hierro insano,
no es tierno padre, ni sensible esposo,
ni honrado ciudadano.

17 de Noviembre de 1873.